

Un niño llamado Fulgencio López.

Martha Gellhorn

(del libro "Ve y cuenta lo que pasó en España")

Al final de un pabellón gris sin calefacción, un niño pequeño hablaba con un hombre. El chico estaba sentado al pie de una cuna grande de hierro y, desde aquella distancia, se apreciaba que hablaban sería y amablemente, como corresponde a viejos amigos.

Se conocían desde hacía casi seis años y habían estado en cinco campos de concentración de Francia. El niño había llegado con toda su familia durante el gran éxodo de España al final de la guerra civil en 1939, pero el hombre estaba solo. Había sido herido al término de la guerra, y durante seis años no había podido caminar, con una herida en la pierna que nunca había sido tratada y que jamás se había curado. Tenía un rostro blanco y sufriente, con mejillas que parecían como si la piel hubiera sido cosida torpemente con profundas dentelladas de hambre; sus ojos eran dulces, y la voz, suave.

El niño tenía quince años, aunque su cuerpo era el de un niño de diez. Entre los ojos mostraba cuatro arrugas, marcas de un padecimiento que los niños nunca tendrían que sufrir. Hablaba con esa maravillosa voz aguardentosa que tienen tantos niños españoles, y era un muchacho duro e íntegro. Su conversación discurría sin dramatismo ni autocompasión. Resultaba que el último campo de concentración fue casi el peor; le habían separado de sus padres. También el hambre fue mayor, aunque siempre habían pasado hambre, y ya no se pensaba más en ella.

En el último campo todos comían hierba, hasta que las autoridades les prohibieron arrancarla. Estaban acostumbrados a que los guardias robaran la fruta de los pequeños jardines comunitarios después de haber hecho ellos todo el trabajo; pero en el último campamento lo robaban todo. Y había más castigos para los niños: más días sin comida, más horas bajo el sol; más palizas.

--El hombre que nos vigilaba en los barracones fue fusilado por los maquis cuando vinieron a liberarnos -dijo el chico-. El maquis lo fusiló por portarse mal con los niños.

Su madre estaba allí con él y también tres hermanas. Un hermano mayor se encontraba en algún sitio luchando con el maquis francés.

--¿Y tu padre? -pregunté.

Hubo una pausa y luego dijo con voz tranquila y destemplada:

--Deportado por los alemanes.

Entonces se vino abajo su fortaleza, y apareció el niño que había sufrido demasiado. Se cubrió el rostro con las manos, inclinó la cabeza y lloró por su padre.

Había otros hombres en el pabellón esperando que pasara el día, como habían pasado antes todos y cada uno de los días de seis años. Todos eran veteranos del ejército republicano español y habían sido heridos en la guerra o destruidos por los malos hábitos de los campos de concentración. Entre ellos, había caras de tuberculosos, y hombres sin brazos, hombres con una sola pierna, todos estragados por el hambre y el dilatado confinamiento. Rodearon la cama para consolar al niño.

-Vamos, hombre -dijo uno de ellos-, ¡valor! No debes desesperarte. Aquí tienes a esta señora que sabe más que nosotros y te lo dirá. Los americanos liberarán a tu padre en Alemania. Él volverá. La guerra casi ha terminado, hombre, y verás a tu padre.

Todos le dijimos al niño mentiras consoladoras; hablamos con sinceridad y mucha convicción, queriendo todos creer lo que decíamos.

El niño no nos creyó, pero ocultó su dolor donde siempre lo hacía, tras sus ojos angustiados y una frente surcada de arrugas. Se llama Fulgencio López, y hay miles como él, y ningún país, ningún gobierno, ninguna institución benéfica cuida de ellos. Es difícil saber si es peor ser Fulgencio López o ser su madre, que tuvo que ver cómo esas arrugas aparecían en su frente y el dolor crecía en sus ojos, y está indefenso y sigue estándolo.

Fulgencio quiso presentarme a sus camaradas de otro pabellón. Al haber sido evacuados del último campo de concentración unas pocas semanas antes (porque aunque Francia había sido liberada, no había en ella sitio para liberar a los españoles), estaban alojados temporalmente en un hostel de la Cruz Roja de Toulouse. Podían considerarse afortunados porque había grandes cunas, y el edificio no era tan frío como podría haber sido, y había comida, y nadie era cruel con ellos.

Otros españoles no eran tan afortunados; dormían sobre paja en tugurios de hormigón que no tenían calefacción ni cristales en las ventanas; yacían heridos en hospitales de calamitosa pobreza, vivían en escuelas, fábricas y cuarteles vacíos y fríos, rodeados de barro, aguardando mientras la tuberculosis devoraba a los enfermos y amenazaba a los sanos.

En contraste, los pabellones grises del hostel eran un palacio. Fulgencio me presentó a sus amigos, unos veinte. El más joven tenía seis años y el mayor dieciséis, y todos eran de estatura menor a la que deberían haber tenido, pero estaban maravillosamente vivos y alegres, y eran hermosos, porque los españoles tienen niños preciosos. Y también tienen niños valientes, porque si eres un republicano español tienes que ser valiente o morir.

Los niños se rieron a carcajadas cuando me contaron que escalaban sin permiso y entraban en los barracones para conseguir agua potable; las autoridades cerraban los barracones todo el día, y los niños pasaban sed entre las comidas. Los más pequeños se metían culebreando por las ventanas y sacaban un vaso de agua cada vez. Era, aparentemente, una gran chuscada. También cantaban en la oscuridad de los solitarios barracones, separados de sus padres, y cuando el guardia acudía a silenciarlos y a castigar a los culpables, hacían como si hubieran estado dormidos todo el tiempo. (¿Qué le parece la escena: las voces de los niños en la prisión, cantando desafiadoramente por la noche?)

Había dos chiquitines rubios de seis años, una niña y un niño. El niño llevaba un par de anteojos baratos sobre la cabeza (tenía pensado ser aviador algún día), que eran el único juguete o casi juguete del lugar. ¡A éstos los llamaban los prometidos! Se habían negado a separarse desde que aprendieron a hablar, y no conocían más mundo que la cárcel.

El padre de este niño había muerto durante la guerra de España; el padre de la niña había sido deportado a un batallón de trabajos forzados alemán. Debía haberles parecido que sólo los niños podían permanecer juntos en un mundo inseguro. Cuando bajaban al recibidor se cogían de la mano como si cruzaran un territorio peligroso del país, donde los enemigos podían caer sobre ellos y separarlos.

Los niños querían una bicicleta: una bicicleta para todos. Aquel que monta en una bicicleta es libre y se dirige a algún sitio. Dijeron que tenía que ser una bicicleta de mujer para que hasta los más pequeños pudieran montar en ella. Si una bicicleta era demasiado pedir, les gustaría un mecano y una muñeca: también los compartirían entre todos. Nunca habían tenido juguetes, pero tenían muchas esperanzas, porque algunos habían montado en tranvía en Toulouse y por vez primera habían visto juguetes en escaparates. Por tanto, como estas cosas existían, tal vez un día existieran para ellos.

Hay muchos españoles en Toulouse, y por toda la frontera pirenaica, por lo general desperdigados por los pueblos y ciudades de Francia. Se puede ir a un antiguo campamento de juventudes fascistas, medio quemado ahora, y ver a los hombres que lucharon por su fe y su país, que al hacerlo se convirtieron en lo que llaman *grands mutilés*, los sin brazos, los sin piernas, los ciegos. Yacían sobre paja en suelos de hormigón, dentro de edificios de hormigón, sin calefacción ni cristales en las ventanas, y en uno de los edificios la mitad de los hombres -veinticuatro de cuarenta y seis- tenían tuberculosis.

Pero no hay datos demográficos sobre los españoles en Francia porque nadie se ha preocupado de si viven, o han muerto.

Lo que sí sabemos es que había diez campos de concentración en Francia a partir de 1939. Se dice que medio millón de hombres, mujeres y niños españoles huyeron a Francia tras la victoria de Franco. Miles se fueron a otros países; miles volvieron a España tentados por falsas promesas de benevolencia. Pero miles de estos españoles murieron por dejadez en los campos de concentración. Y las organizaciones alemanas Todt se hicieron con siete mil españoles robustos para que trabajasen como esclavos. El resto -nadie sabe cuántos a ciencia cierta- están aquí en Francia. No se puede culpar a los franceses por sus sufrimientos actuales, porque los franceses todavía no pueden proveerse adecuadamente ni ellos mismos.

La tercera República francesa fue menos bárbara con los españoles que el gobierno de Pétain, eso es obvio, pero parece que la gente que dirige los campos de concentración se convierte necesariamente en monstruos brutales. Y aunque distintas organizaciones de Norteamérica e Inglaterra recaudaron dinero y enviaron paquetes de comida a estos refugiados, las autoridades de los campos nos informaban constantemente de que el mundo los había olvidado: eran mendigos y tenían suerte de recibir la sopa diaria de la hambruna.

La única forma de salir de aquellos campos de concentración franceses era firmar un contrato de trabajo: todo granjero o empresario podía solicitar dos, o diez o veinte españoles, que quedaban vinculados a él y tenían que trabajar por cualquier jornal que él quisiera pagar y en las condiciones que estuviera dispuesto a ofrecer. Si un español se rebelaba, podía volver al campo de concentración. Un famoso cirujano barcelonés trabajó de leñador durante cuatro años, por doce céntimos diarios. Tiene sesenta y dos años, y su caso no tiene nada de extraordinario.

A espaldas de los refugiados españoles quedaban dos años de guerra feroz y desgarradora, y la mayoría dejaron a las familias confinadas en su propio país. Por supuesto, no habían visto a ningún familiar durante al menos seis años, y la mayoría no tenía noticias. Todo cuanto sabían era que había medio millón de republicanos en las

cárceles españolas, y otro millón trabajaba en campos de trabajos forzados, y que las ejecuciones en las cárceles nunca han parado.

La cifra generalmente aceptada es trescientas mil ejecuciones durante los seis años que Franco lleva en el poder. El total de bajas actual de norteamericanos, muertos y heridos en todos los escenarios de la guerra, es de unos cuatrocientos setenta y cinco mil. Es obvio que la única forma de vencer a esta gente es matándola. Ya por el año 1941, los republicanos españoles escapaban de los patrones franceses y desaparecían en el maquis. Desde 1943 en adelante, existía una estrecha relación entre el maquis francés y las bandas españolas en Francia.

Que la labor de los maquis españoles fue valiosa puede deducirse de algunas cifras sucintas. Durante la ocupación alemana de Francia, los maquis españoles maquinaron más de cuatrocientos sabotajes ferroviarios, destruyeron cincuenta y ocho locomotoras, dinamitaron treinta y cinco puentes ferroviarios, cortaron ciento cincuenta líneas telefónicas, atacaron veinte fábricas, destruyendo por completo algunas de ellas, y sabotearon quince minas de carbón. Hicieron prisioneros a varios miles de alemanes y - algo milagroso teniendo en cuenta sus armas- capturaron tres tanques.

En la parte suroeste de Francia donde no había luchado ningún ejército aliado, liberaron más de diecisiete ciudades. El ejército francés del interior, que apenas tenía para sí, trató de ayudar a sus camaradas españoles heridos. Pero ahora que la guerra de guerrillas se ha acabado, los españoles vuelven a ser hombres sin país, sin familias, sin hogar y sin trabajo, aunque todos agradezcan mucho lo que hicieron.

Tras la liberación de Francia, los maquis españoles del suroeste protagonizaron la ahora famosa entrada por la fuerza en España por la sección de los Pirineos del valle de Arán. De este ataque se ha informado ampliamente y se ha malinterpretado también ampliamente. Fue, simple y llanamente, el ataque de un comando sin mayor alcance. Los soldados republicanos españoles eran pocos e iban muy ligeramente armados como para esperar que derrocaran a Franco. Pero fue un gesto que funcionó.

Dio noticias en un país donde no hay noticias, porque dentro de aquellas fronteras cerradas las noticias sólo pueden circular de boca en boca. Era una llamada del mundo exterior donde se intentaba acabar con las dictaduras y fue una llamada de esperanza para la gente que ha vivido con miedo y pesar durante largo tiempo. Y aunque murieron muchos de los soldados republicanos españoles, y aunque la mayoría se retiró a Francia como estaba planeado, muchos siguieron y han operado dentro del país. Debido a esta escaramuza, el mundo se vio obligado a recordar a los hombres que habían empezado a luchar contra el fascismo en 1936. Resulta interesante reparar en que dos mil supuestos simpatizantes de la República fueron arrestados en Barcelona sólo después de aquel ataque fronterizo. [...]

Después de los años desesperados de guerra, después de seis años de represión en España y seis años de horror en el exilio, el espíritu de esta gente permanece intacto. Están armados con una fe trascendente; nunca han ganado, y, sin embargo, nunca han aceptado la derrota. Esta es la gran fe que obra milagros y cambia la historia. Puede uno sentarse en un sótano-restaurant en Toulouse y escuchar a los hombres que sin queja han perdido la seguridad y las comodidades en la vida, hablando de su República, y es posible creer simplemente que, como son lo que son, habrá una República al otro lado de las montañas y ellos vivirán para volver a ella.